

LEOPOLDO LUGONES

Conozco literariamente a los escritores de la Argentina. Recibo sus libros y opino a menudo sobre su labor, en mis crónicas de letras hispano-americanas del "Mercure de France". Durante mi breve estancia en Buenos Aires he tenido el agrado de conocerlos personalmente. En la tertulia vespertina de la revista "Nosotros" y, sobre todo, en el banquete que por ellos mismos me fué ofrecido, he estrechado la mano de casi todos y he conversado largamente con algunos.

Digo esto en general, porque desde hace años mantengo con ciertos escritores argentinos excelente amistad. Entre ellos, Leopoldo Lugones. Conocí a Lugones en París, durante su primer viaje a Europa, precisamente cuando yo acababa de llegar a la ciudad luminosa. Sus maneras espontáneas, su actitud franca, su palabra cordial despertaron en seguida mi simpatía, como su talento lírico, su don de la imagen, su facultad renovadora habían suscitado ya mi admiración. Luego, mis sentimientos hacia el hombre y hacia el poeta no han hecho sino acrecentarse. He vuelto a verle con placer.

Leopoldo Lugones es una de las figuras más salientes, no solamente de las letras argentinas, sino de toda la literatura castellana. Escritor singular, a la vez vigoroso y selecto, es uno de esos espíritus integrales, de facultades múltiples, de cultura enciclopédica, y uno de esos artistas raros, a quienes la voluntad creadora y el orgullo intelectual llevan a una búsqueda continua de vistas y de imágenes nuevas. Así, él ha cultivado



Leopoldo Lugones, eminente poeta argentino.

todos los géneros: la poesía, la novela, la crítica, la historia, el periodismo, y en todos ha sobresalido por la intensidad o la fineza del pensamiento, y por la riqueza o la novedad del estilo o del verso.

Su obra es, pues, vasta y heterogénea. Poeta sobre todo, entró en las letras con un volumen de poemas revolucionarios, tanto en las ideas como en la forma: poemas de tono inspirado, verbo magnífico y versificación, a veces, singular. Tal fué "Las Montañas de Oro", libro que marca una época en las letras hispano-americanas. Mas poco después publicó una colección

de poesía galante, "Los Crepúsculos del Jardín", en la cual lea las feminidades exquisitas y frívolas, en poemas, por lo general sonetos, cincelados y frágiles, como bibelots del siglo XVIII. Y luego nos ofreció un libro lírico ambiguo, desconcertante, a un tiempo humorístico y delicado: "Lunario Sentimental", libro que es una sátira formidable del lirismo romántico y un ejercicio, no menos formidable, de técnica poética nueva.

Asimismo, como prosista, Lugones publicó desde luego un episodio heroico de la vida de la Pampa, "Guerra Gaucha", de un estilo burilado hasta el artificio, y un volumen de cuentos semi científicos, "Las Fuerzas Extrañas", de una rareza rebuscada, no del todo original. Mas en seguida nos dió un libro sobre la antigua teocracia del Paraguay, "El Imperio Jesuítico", que es un estudio de crítica, de historia y de arte, fuerte y concienzudo, sumamente interesante.

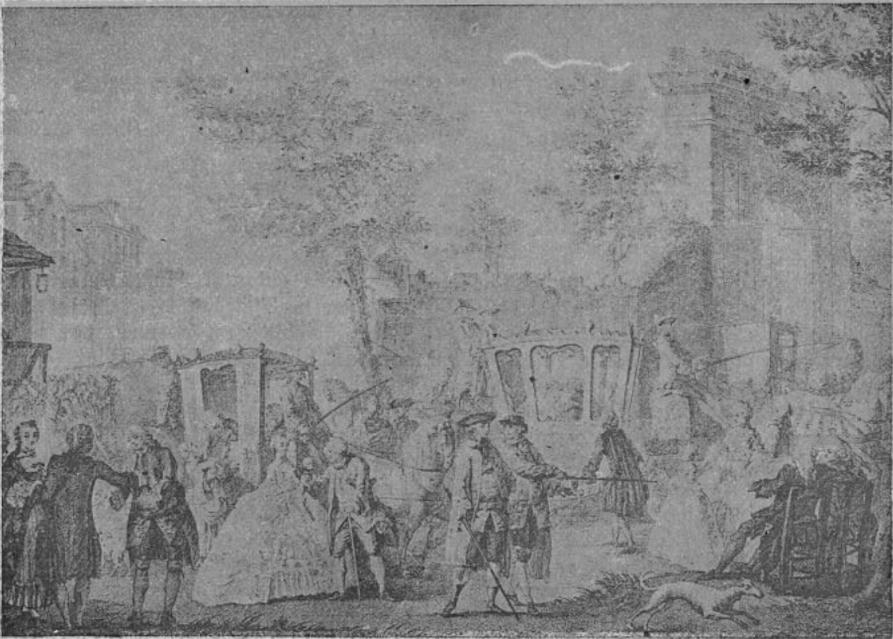
Tal actitud de cambio brusco y continuo,



Llegada de las duquesas al palacio de Versalles.

indudablemente se cree en el progreso, se le admira y se le rinde vasallaje; pero el pobre viandante privado de ese lujo y en peligro de ser aplastado a cada esquina por alguno de esos rápidos demonios o la ciudad consternada ante la paralización de los ferrocarriles, a causa de

una huelga general, ciertamente no dejarán de evocar con nostalgia aquellos años pacíficos en que nuestros abuelos iban al paso de sus carretas o mecidos por los solemnes balanceos de sus calesas hacia el mismo término a que llegamos ahora y siempre todos...



Un paseo elegante en el antiguo París.

ha hecho decir a un crítico que Lugones, queriendo mostrar diferentes personalidades, no ha conseguido afirmar ninguna. Error. Este escritor que ha contribuido tan poderosamente a la renovación de nuestras letras, no podía menos de ser una personalidad singular. A pesar de las influencias que ha sufrido y de las modalidades diferentes que ha cultivado, se muestra siempre el mismo. En todas sus obras es perfectamente reconocible por la riqueza de las imágenes, la singularidad del estilo, el lirismo y la fuga del pensamiento, que le induce a una búsqueda continua de ideas y de formas.

Con ocasión del Centenario de su país, Lugones publicó cuatro libros: "Las Limaduras de Hefoestos", "Odas Seculares", "Prometeo", "Didástica", que son obras muy diferentes, como sus títulos lo sugieren. Ellas constituyen el homenaje del poderoso escritor al venerable aniversario. Posteriormente ha publicado varios volúmenes, también de diversos géneros: "Historia de Sarmiento", "Elogio de Emeghino", "El Libre Fiel", "El Ejército de la Ilíada", "El Libro de los paisajes..." Me ha obsequiado Lugones algunos de estos volúmenes, entre ellos, su última colección lírica: "El Libro de los Paisajes".

Reasumiendo su inspiración "natural" o eglógica, que culmina en su "Oda a los Ganados y a las Mieses", el poeta, en profunda comunión con la naturaleza, nos dice en este libro sus sensaciones líricas del campo, del mar, de la estación y de la hora, en poemas rápidos, melódicos y ligeros, a pesar del arreo a veces pesado, de la rima rica. Así aboceta paisajes del terruño, en que silba el

zorzal y florece, "como una niña", el durazno; marinas de agua luminosas, que cruzan las gaviotas en vuelo hacia las estrellas; tardes estivales arrulladas por los tordos y aromadas por las retamas; auroras en que el sol oriental "dilata un temblor de oro,—como un guijarro sonoro—en un árbol de cristal..."

¡Pinturas objetivas, visiones impasibles, poesía parnasiana? ¡Oh, no, crítico amigo! Son imágenes atildadas, de estilización prolija, pero sugestivas, cargadas de ensueños e inmensidad. A menudo, estados de alma.

Y he aquí que en su amor de lo natural, el poeta celebra a los músicos alados del bosque, que se columpian en las ramas altas, a riesgo de teñirse de azul. Ved la calandria que canta "cielo adentro—y su canto es el centro—palpitante del orbe"; el federal "que infla el pecho en que sangra la tarde,—con el brío de un húsar del sol"; el "maestro carpintero—de la boina colorada: (va desde la madrugada—taladrando su maderó)". Oíd a los tordos cuyo trino "evoca las mañanas de oro" en la gloria de la primavera; al tero que grita, "erguido el negro penacho,—pronto el espolín del codo"; al pitojuán que "pide a Juan: ¡Pito, Juan! ¡Pito, Juan!"; al loro que "sabe cantar un tango entero", "y según quien llame a la puerta,—grita: ¡la leche! o ¡el cartero!" Regocijados con el hornero que tan lindamente trabaja su casita en paja y barro, "que el barro y en la paja es arquitecto bizarro"; o con el chingolo que "no abandona el contorno—de la casa solariega,—donde como un chico juega—sobre el mortero y el horno..."

Son los pájaros de la campiña argentina,

como los ve la imaginación popular o la inocencia de los niños. Hacen pensar en esas aves-citas de madera pintada o apañada, que encantan los juegos y estimulan los sueños de la infancia. Son notas de gracia y espontaneidad, realmente originales en nuestra poesía. Así, Lugones afirma en este libro, su actitud de poeta mundonovista, iniciada con "Odas Secu-

A mi querido Contreras,
 en nombre de Sarmiento
 argentino—chileno como
 deberíamos serlo todos,
 J. Lugones.

lares", en su modalidad más directa: la estilización de la naturaleza local, virgen aún para el arte. ¿Cómo no felicitarlo, por desde mi rincón lejano, hago lo posible por fomentar el benéfico movimiento que empieza a triunfar en nuestras letras?

Cuando conocí a Lugones en París, en la primavera de 1905, tuve ocasión de verle varias veces y de charlar con él sobre diferentes materias. Una tarde que fui a visitar a Rubén Darío, le encontró en casa del maestro.

Salimos juntos y nos dimos a vagar por el bulevar y por la Avenida de la Opera, repletos de muchedumbre que esperaba la llegada del Lord Prefecto de Londres, en visita oficial a la ciudad. Lugones exclamaba, azorado por la aglomeración molesta. Así, llegamos a la Plaza de la Comedia Francesa y nos sentamos en la terraza de un antiguo café donde Alfred de Musset tomaba su ajénjo, en los gratos días del romanticismo.

Lugones era, a la sazón, Director de Instrucción Primaria en su país. Me habló del estado de la instrucción en Chile, con entusiasmo, y llevado por la asociación de ideas, expresó sobre los chilenos, conceptos excelentes. Le escuché en silencio, sin osar encaminarle a temas artísticos, más de mis gustos. Otro día, que pasé con él la velada en su hotel (el hotel Castille, creo), hablamos de arte. Cautivado por su visita a las catedrales de Francia, tomaba entonces notas sobre el arte gótico, desde la arquitectura hasta la joyería. Yo estudiaba también en ese tiempo, el arte "enorme y delicado". Durante más de una hora habló el poeta sobre el hermoso tema, con penetración singular y lirismo alado. Díjome muchas de las observaciones y opiniones que luego desarrollaría en su libro "Piedras Liminares", libro que años más tarde, yo comentaría en mis crónicas del "Mercure."

Después, en todos los viajes que Lugones ha hecho a Europa, le he visto con la frecuencia que la inquieta vida parisiense permite. En 1913 se estableció en París y fundó una revista de propaganda americana: la

"Revue Sud Americaine". Volví a verlo con agrado y le prometí colaboración. Buen idealista, Lugones es ardoroso y a veces apasionado. Yo no soy del todo frío. En ocasiones, pues, discutimos con ardor. El creía en el panamericanismo y reflejaba tales ideas en su revista. Yo pensaba que semejante pan no podía ser benéfico, ya que la unión de un débil con un fuerte no resulta jamás equitativa. Se afirmaba él, sobre todo, en su idea por horror de la influencia española. Opinaba yo que esta influencia, si nos perjudica en ciertos sentidos, en otros nos enaltece. Una ocasión que tomaba el té en su casa, al oírlo hablar del asunto con elocuencia fogosa, no pude menos de exclamar: —¡Pero si usted es un español!

En efecto, Lugones pertenece a las antiguas familias argentinas, intactas de sangre extranjera. Su máscara avellanada y su hidalguía áspera son las de un castellano. Y su vehemencia en aquel momento, ¿no era perfectamente española?

En mi reciente viaje a América, supe que Lugones, tomando partido en nuestro viejo litigio con el Perú, había escrito contra los intereses chilenos. Al verle, hablamos del asunto. Manifestó, en efecto, su adhesión a la tesis peruana por creerla justa, pero no ostentó la menor aversión hacia los chilenos.

Y he aquí que al obsequiarnos su libro sobre Sarmiento, nos escribió este autógrafo, que dice claramente sus sentimientos fraternales: "A mi querido Contreras, en nombre de Sarmiento, argentino-chileno, como debíamos serlo todos." No podía ser de otra manera. Lugones es un altivo y, por lo tanto, un sincero. Podrá a veces parecerse apasionado, pero sinuoso, jamás. El es también un orgulloso, lo cual suele chocar a ciertos jóvenes que no han la noción de la verdadera jerarquía. Tiene por qué serlo: es un maestro, no solamente en su tierra, en todos los países que hablan nuestra lengua. Seguid su labor, jóvenes amigos, y, como yo, lo admiraréis y lo amaréis.

FRANCISCO CONTRERAS.

COMO CIEN AÑOS...

"¡Qué dolor, qué nostalgia, cuánta pena!
¡Cuántas ansias de besos que no saben
mis pobres labios hace tanto tiempo...!
Hace mucho quizás... ¡como cien años!"

"¡Cómo queda mi vida, cómo queda!
¡Con la plúmbea tristeza del recuerdo!
Desde una vez brillara en lo infinito
el fulgor de tus últimas miradas..."

"Como un escombros muerto todo en ruinas.

en ruinas que sabiendo de la vida
me hablaron del misterio de la muerte,
hace mucho quizás...; como cien años!"

"Y ungido a las tristezas día y noche
y a las horas de esplín desvanecientes...
¡Cómo ritmo aquel verso de tu vida
que durmióse morando entre las sombras!"

"Hace tiempo que llora...
hace mucho... ¡quizás como cien años!"

TOMAS CASTRO SOSA.
(Argentino)